

Encuentro Estatal de Hombres por la Igualdad. Sant Boi, noviembre de 2013.

Conferencia Homofobia para hombres igualitarios. Masculinidades y homofobias: resistencia y liberación.

Òscar Guasch

Hola muy buenas tardes.

Es un placer estar aquí para poder compartir con ustedes algunas de mis experiencias como hombre.

Ya saben ustedes que, en el mundo académico, presumimos de tener muchos títulos que exhibimos como si fueran títulos nobiliarios para presentarnos públicamente ante los demás: tenemos masters, tenemos doctorados, tenemos cátedras, etc.

Los títulos académicos son algo así como ser marqués, ser conde o ser condesa: son títulos que lucen mucho pero que no son prueban de nada necesariamente.

Yo siempre he pensado que la experiencia es una fuente lo bastante legítima de conocimiento.

Así que quiero adelantarles que estoy aquí, no como experto (aunque lo sea), sino que estoy aquí tan solo como alguien que quiere compartir sus experiencias con ustedes.

Insisto: ni tengo razón ni tengo la verdad; tan solo tengo un punto de vista que deseo compartir con ustedes.

El título de esta charla es “Masculinidades y homofobia: de la resistencia a la liberación” y lo que les voy a contar tiene que ver con mi personal punto de vista en tanto que víctima y verdugo respecto de la homofobia.

Bien.

Les confieso que he padecido toda clase de homofobias.

En estos momentos sigo siendo víctima de la homofobia aunque me revelo contra ella.

En estos momentos padezco homofobia en tanto que hombre que ama y tiene sexo con otros hombres.

Pero también padecí homofobia en la época de mi vida en que viví como gay.

Y debo confesarles que, además de sufrir la homofobia de los otros, yo también proyecté mi homofobia contra otras personas.

He sido homófobo: tanto contra los demás como contra mi mismo.

Pero no soy ni culpable ni tampoco soy inocente, si acaso soy responsable de mis errores.

Soy, como todos los que estamos aquí, un producto de la sociedad que nos ha educado y nos ha enseñado en tanto que hombres.

Dicho esto, ahora que está claro que la homofobia es algo que me ha construido como hombre, con su permiso vamos a comenzar.

Imagino que muchos de los presentes conocen el clásico libro de Elisabet Badinter sobre la masculinidad.

Elisabet Badinter, en su ensayo titulado *XY. La identidad masculina* propone que, en nuestra sociedad, la masculinidad clásica se construye sobre tres negaciones.

La primera negación es: “no soy un bebé”.

La segunda negación es: “no soy una mujer”.

Y la tercera negación es: “no quiero a otros hombres ni quiero que otros hombres me quieran a mí.

En otras palabras, Elisabet Badinter afirma que, en nuestra sociedad, la identidad masculina se construye gracias al individualismo, y con la misoginia y con la homofobia.

La primer negación que construye la identidad masculina: “no soy un bebé”, da lugar al individualismo.

Ser un bebé es una hermosa metáfora de la dependencia. Nada más desvalido y dependiente que un bebé de la especie humana.

Según Elisabet Badinter, cuando los hombres decimos: “no soy un bebé”, nos estamos definiendo como personas individualistas que no creen que necesiten invertir en solidaridad.

“¿Para qué la solidaridad si en tanto que hombres saldremos adelante?”

“Al fin y al cabo solo necesitan ayuda los que son débiles: pero nosotros, los hombres de verdad lo conseguiremos; lo conseguiremos porque somos hombres de verdad”.

El individualismo propio de la masculinidad clásica y que se basa en la defensa a cualquier precio de la independencia, nos permite intuir que el capitalismo tiene género.

El capitalismo es masculino porque deriva del individualismo característico de la identidad masculina clásica.

“No soy un bebé”. “Soy un hombre”. “Yo me valgo por sí mismo y no necesito de los demás”.

Bien.

Además del “no soy un bebé”, la segunda negación que, según Elisabet Badinter, construye la identidad masculina clásica es: “no soy una mujer”.

Según esta autora, cuando los hombres nos negamos como mujeres, estamos rechazando todo aquello que nuestra sociedad cree que ellas representan.

Cuando para construir nuestra identidad masculina decimos que “no somos mujeres”, estamos afirmando la misoginia y rechazando las calidades femeninas como si estas fueran a contaminar nuestra hombría.

Ya lo saben ustedes: las mujeres son caóticas, volubles y vulnerables, y también son emocionalmente inestables.

Nada que ver con nosotros que, en tanto que hombres, somos personas serias, rigurosas y, sobre todo: racionales.

Así que, Elisabet Badinter nos enseña que la misoginia y el individualismo conforman la identidad masculina en nuestra sociedad.

Pero, según esta autora, además de esas dos negaciones, además del: “no soy un bebé” y además del “no soy una mujer”, existe aún una tercera negación que fundamenta la masculinidad clásica.

Y esa tercera negación es la siguiente: “Soy un hombre y no quiero a otros hombres ni quiero que otros hombres me quieran a mí”.

Individualismo, misoginia, y ...: homofobia.

La homofobia es la tercera pata de la masculinidad clásica.

Si buscan ustedes en los diccionarios encontraran que la homofobia se define como el odio a los homosexuales y a la homosexualidad.

En concreto: el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define la homofobia como “la aversión obsesiva hacia las personas homosexuales”.

La homofobia es un concepto complejo que está en proceso de definición social.

Si piensan ustedes en el concepto de racismo, verán el racismo cada vez tiene menos base biológica y mayores argumentaciones de tipo cultural.

Lo que había sido racismo biológico clásico se está convirtiendo en una nueva forma de racismo cultural.

Ahora hablamos de los "otros", de quienes tienen otra cultura y otra tradición, como si fueran esclavos de las mismas. La cultura y la tradición como obstáculos insuperables por parte de las personas concretas.

La cultura como algo que condiciona inevitablemente, como una piedra que aplasta y de la que no se puede escapar.

Ellos son así "por su cultura". Esto crea el racismo cultural.

Así pues, el concepto de racismo ha cambiado y se ha ampliado.

Algo parecido está sucediendo respecto al concepto de homofobia.

En sus orígenes el concepto de homofobia refería el odio a los homosexuales y a la homosexualidad.

Pero el concepto de homofobia se está ampliando e incluyendo nuevas formas de desprecio a la diversidad.

Pues bien: algunos apuntes sobre todo esto es lo que deseo plantear en mi exposición.

Para empezar, podemos afirmar que existen dos clases de homofobia.

Por un lado está la homofobia simple; y por otro está la homofobia compleja.

La primera, la homofobia simple, es fácil de definir.

La homofobia simple utiliza la orientación sexual para insultar e injuriar a los hombres que tenemos sexo con otros hombres.

La homofobia simple afecta sobre todo a los homosexuales y a los gays.

Y eso sucede porque la sociedad, todavía hoy en día, sigue soportando muy mal que los hombres nos toqueemos entre nosotros.

Si, ya lo sé: el matrimonio gay existe y eso da legitimidad al cariño y al sexo entre los hombres.

¿Pero cuántos hombres ven besándose por las aceras?

¿Cuántos hombres no musulmanes ven paseando agarrados de la mano?

¿A cuántos hombres no futbolistas ven mostrando en público su afecto?

Pues pocos. Hay muy pocos hombres que se atrevan a hacerlo.

Todavía hoy, por mucha igualdad legal que pueda existir, el odio y el miedo a los homosexuales sigue presente socialmente.

Hablo de odio y hablo de miedo.

Vale la pena recordar que hace poco en Barcelona mataron a un gay, precisamente, quienes tenían que protegerlo.

Seguramente jamás será probado pero, en mi opinión, lo mataron por ser homosexual.

También es la homofobia quien ha matado al chico italiano de quince años que hace dos semanas saltó por la ventana porque nadie entendía por lo que estaba pasando.

¡Qué solo que debía estar ese chaval!

Y hace menos de un mes, un matrimonio de hombres que paseaban cogidos de la mano por tierras de Castilla fue agredido al grito de "maricones, maricones".

Por cierto, la policía escribe en su informe que fue un acto de gamberros, pero que la homofobia no tuvo nada que ver en ello.

Vaya. Tiene razón Michel Kimmel cuando dice que el género es invisible para los hombres.

Ahora podemos añadir, además, que la homofobia es invisible para las policías del Estado Español.

En fin...

El caso es que todos los homosexuales sabemos que podemos ser maltratados o insultados por serlo.

Como escribe Daniel Borrillo en su libro sobre la homofobia simple: un homosexual es alguien que, antes de saber que es homosexual, ya sabe que puede ser injuriado por serlo.

Esta forma de homofobia, la simple, la que afecta sobre todo a homosexuales y a gays, adquiere muchas formas.

Está la homofobia clínica: la homofobia clínica está formada por un conjunto de estupideces científicas que se repiten una y otra vez sobre las causas y los orígenes de la homosexualidad.

También está la homofobia liberal: la homofobia liberal es una clase de homofobia que defiende que el amor entre hombres es una cuestión privada y que no tenemos por qué enseñar ni mostrar.

La homofobia liberal insiste en que no es preciso ir explicando la propia orientación sexual.

Según la homofobia liberal, esto de salir del armario no es más que un capricho homosexual que tiene un fuerte componente exhibicionista.

¿Cómo?

¿Que el amor entre hombres es una acto privado?

¿Que esto de salir del armario es un capricho exhibicionista?

Pero oigan: si salimos del armario es porque alguien nos ha metido dentro.

Claro que queremos salir del armario: el armario es un lugar frio, oscuro, y sin colores.

Métanse ustedes dentro y verán.

Métanse, métanse en el armario y verán lo que es la epistemología del secreto, de la vergüenza, del autoodio, y del miedo.

Bueno.

Les estoy hablando de la homofobia simple.

Les estoy hablando de la homofobia que afecta sobre todo a homosexuales y a gays.

La homofobia simple a veces se presenta como homofobia clínica y otras veces se presenta como homofobia liberal.

Pero seguramente la forma más terrible de homofobia simple es el auto-odio interiorizado por muchos homosexuales y gays.

La homofobia interiorizada es, quizás, la forma de homofobia más dañina y también la más complicada de

detectar.

Algunos homosexuales nos hemos odiado por serlo.

Pero lo que es peor: algunos, demasiados en mi opinión, siguen odiándose a sí mismos sin saberlo.

La homofobia interiorizada hace que los homosexuales critiquen el estilo de vida de sus iguales.

Cuando un homosexual les diga que hay demasiados maricas desnudos en las carrozas del orgullo gay, no lo duden, ese homosexual se sigue odiando a sí mismo y también proyecta ese odio hacia los demás.

Cuando un homosexual les diga que él no es promiscuo como toda esa gente del ambiente, no lo duden ese homosexual se sigue odiando a sí mismo y también proyecta su homofobia odiosa hacia los demás.

Bueno, como ven ustedes, la homofobia simple, la que afecta sobre todo a homosexuales y a gays, es un problema social grave que no podemos menospreciar.

Pero bueno, que sea homofobia simple, no significa que no te pueda matar.

La homofobia mata.

La homofobia es una forma de violencia de género que tenemos que empezar a denunciar desde ya.

Bien.

Además de la homofobia simple está la homofobia compleja.

La homofobia compleja es una clase de homofobia, sutil e invisible, que afecta a todos los hombres, sea cual sea su opción sexual.

La homofobia compleja se basa en el temor de los hombres a perder su hombría y su masculinidad.

La homofobia compleja se basa en el miedo de los hombres a perder el estatus social que les otorga la masculinidad.

La antropóloga feminista, Dolores Juliano, explica que la palabra "puta" sirve para mucho más que para ofender a las trabajadoras sexuales.

Dolores Juliano explica que la palabra "puta" sirve para amenazar al conjunto de las mujeres diciéndoles: "Ten cuidado: si traspasas ciertas fronteras de género te llamaremos puta y te trataremos en tanto que tal".

Según esta antropóloga, el insulto de "puta" se usa para castigar a las mujeres que van más allá de lo que la sociedad ha previsto como permitido para ellas.

En ese sentido, el insulto, la injuria, la palabra "puta", actúa como una suerte de policía de género que busca reforzar las fronteras de lo prohibido en las mujeres.

Pues bien: lo mismo sucede con la palabra "marica".

La palabra "marica" se usa contra los homosexuales, es cierto.

Pero el insulto "marica" se utiliza también contra quienes no dan la talla como hombres.

"Marica", lo es el calzonazos que quiere a su mujer, y que decide no traicionarla acostándose con otras para sentirse más hombre.

"Marica" lo es también el chico heterosexual afeminado.

"Marica" es el gordito que, en la clase de deportes, siempre llega el último y resoplando.

"Marica" lo es el cobarde y también lo es el miedoso.

En definitiva: “marica” lo es cualquiera que no dé la talla como hombre.

Y es que el insulto de “marica” se usa para degradar la masculinidad de los hombres y ubicarlos, de ese modo, en un espacio de género idéntico al que ocupan las mujeres.

Y, vale la pena que les recuerde, que muy pocos hombres soportamos que nos traten como si fuéramos mujeres.

Así que, ante la amenaza de la homofobia compleja, los hombres intentamos probar continuamente que no somos unas nenazas.

Para que no nos degraden, para que no nos traten de “maricas”, escondemos nuestra vulnerabilidad y pretendemos hacernos los héroes.

Es por eso que algunos creemos que “ser macho mata”.

“Ser macho”, “ir de macho” “hacerse el macho” es una actividad tanto estresante como interminable que acaba por afectar nuestro estado de salud.

Pero la salud de los hombres parece que importa poco.

Desde luego, la salud de los hombres importa poco a algunos hombres para quienes la masculinidad constituye un bien tan preciado que no les importa arriesgar su integridad física por defenderla. ¡Qué absurdo! ¿Verdad?

En resumen, la homofobia, sea en su forma simple o compleja, conforma un grave problema social.

Y los problemas sociales merecen respuestas políticas para combatirlos.

La principal respuesta que se ha dado a la homofobia, sobre todo a la homofobia simple, procede del movimiento gay.

Poco a poco, y gracias al movimiento gay, el odio a los homosexuales se ha convertido en algo bastante garrulo que ya solo los muy casposos se atreven a defender (al menos en público).

En estos momentos España se han convertido en una suerte de isla que oscila entre el respeto y la tolerancia hacia la homosexualidad.

Pero no podemos olvidar que existen Rusia, México, o Irán.

La homofobia y el odio, y el asesinato de homosexuales en el mundo siguen siendo algo demasiado común.

Pero aun así, pese a todo, la ventaja que tenemos con la homofobia simple es su visibilidad.

Es tan obvio y es tan anti-democrático negar el respeto que se debe hacia los demás, que la denuncia y la crítica de la homofobia simple resulta socialmente posible e incluso electoralmente rentable.

La visibilidad de la homofobia simple ha favorecido la estrategia de resistencia que desarrolla el movimiento gay.

Mientras que, el problema de la homofobia compleja estriba, precisamente, en su invisibilidad.

La homofobia compleja forma parte del núcleo identitario masculino de nuestra sociedad.

La homofobia compleja entendida como la necesidad de defender, cueste lo que cueste, los supuestos privilegios de género que otorga la masculinidad, es algo que los hombres hemos interiorizado plenamente.

Y lo hemos interiorizado tanto que no somos conscientes de ello.

La homofobia compleja es invisible porque a los hombres nos parece lo más lógico y normal enfadarnos cuando nuestro género es cuestionado.

Los hombres no soportamos ser tratados ni como mujeres ni como maricas.

Los hombres no nos permitimos ser miedosos, calzonazos o cobardes.

En resumen: la homofobia compleja no es más que la manera con que los hombres intentamos defendernos de nuestras inseguridades de género.

La masculinidad es algo tan frágil que la homofobia compleja constituye su mejor defensa.

Y ahí radica precisamente el problema.

El movimiento gay se ocupa de la homofobia simple.

Pero nadie (o casi nadie) se ocupa de la homofobia compleja.

O, al menos, nadie se ocupa de la denunciar la homofobia compleja como debiera hacerlo una sociedad que crea en la igualdad de género.

Por eso la lucha y la denuncia contra la homofobia compleja resulta tan complicada.

La homofobia compleja se adquiere sutilmente a través del currículum oculto, y por eso la mayoría de los hombres ni saben que existe ni imaginan tampoco que pueda afectarles.

Casi todos los hombres entienden que meterse con los homosexuales está mal y que es muy poco moderno.

Pero, incluso los hombres más predispuestos al cambio social, acaban confundiendo la homofobia simple con la compleja.

Les pondré un ejemplo.

Hará un par de meses, di una charla parecida a esta para gente del 15-M de l'Hospitalet, la segunda ciudad de Cataluña.

Pues bien: al final de la charla un joven de unos 30 levantó la mano para decirme: "yo no quiero ser homófobo, a mí ya me gustaría tener sexo con hombres, pero es que no puedo, ya lo he intentado y no puedo".

No, no, no. No es ese el objetivo de mi charla, le dije.

No se trata de hacer sexo con otros hombres; se trata de ser amoroso con todas las personas incluyendo a los hombres. También se trata de ser amoroso con uno mismo y asumir la propia fragilidad.

Como pueden ver: hacer visible la homofobia compleja requiere insistencia.

Mi opinión es que el primer objetivo de la resistencia ante la homofobia compleja es hacerla visible.

No podemos combatir aquello que no hemos detectado.

Así que, en mi opinión, insisto, lo primero es visibilizar y mostrar a la luz la homofobia compleja.

Y luego, se pueden hacer muchas cosas.

Seguramente necesitamos capacidad de observación y de autocrítica.

Seguramente también es necesario que los hombres nos tomemos menos en serio.

Seguramente también podemos aprender de la ironía y del fino sentido del humor con que muchos homosexuales se contemplan a sí mismos.

Podemos utilizar la autoparodia, el cabaret y el carnaval para ir cuestionando nuestro género.

Si como explica Erving Goffman, el género es teatro y actuación entonces, nosotros como hombres,

tenemos el poder de elegir entre el drama y la comedia.

En mi caso, mi experiencia con la comedia ha sido fascinante.

Desde luego, no tengo ningún inconveniente en admitir que, como Carmen de Mairena, soy amante por detrás y por delante.

Bueno.

Ya voy terminando.

Como les decía, sabemos que tenemos que hacer frente a dos formas de homofobia.

Sabemos que existe la homofobia simple, que es muy visible y que afecta sobre todo a homosexuales y a gays.

Y sabemos que está la homofobia compleja, que afecta a todos los hombres sea cual sea su opción sexual.

Para denunciar la homofobia simple tenemos el movimiento gay que ha hecho y está haciendo un excelente trabajo al respecto.

Pero todavía no ponemos bastante energía en denunciar la homofobia compleja.

En mi caso, renunciar a ser un hombre de verdad me ha liberado.

Renunciar. Dejar de preocuparme por ser hombre.

Esa ha sido mi experiencia.

Siento que la renuncia me ha liberado.

Ya no pretendo ser un hombre mejor: es que me da lo mismo ser o no ser un hombre.

Bueno, hasta aquí todo lo que quería contarles.

Pero antes de terminar quería plantearles el test de la homofobia compleja.

Es un test íntimo que les permitirá medir el grado de homofobia compleja que padecen.

Imaginen que son padres de un niño y de una niña de edades semejantes.

Es carnaval y van a buscar a sus hijos a la guardería.

Es carnaval y las monitoras han disfrazado a todo el mundo.

Sale la niña vestida de Piratas del Caribe. Con un bigote pintado y con un parche en el ojo derecho.

!Qué mona! !Qué bonita! Y van ustedes, los padres y las madres y le hacen una foto.

Ahora sale el niño vestido de bailarina, con un tutú rosa, y con una diadema de bisutería en la frente.

La respuesta emocional que dan a esa imagen de su hijo travestido revela la homofobia que padecen.

En nuestra sociedad las niñas pueden representarse como quieren.

Pero, en esta sociedad, a los hombres, ya desde niños, se nos prohíbe imaginarnos diferentes.

Muchísimas gracias por su atención.